

á quien desterró Miguel el Paflagon. Alejó pues de la corte á su hermana Teodora, levantó el destierro á Constantino, casóse con él en 11 de junio de 1042, á los sesenta y tres años de edad, y el día siguiente dispuso que el patriarca le coronase emperador. Estas terceras nupcias no ofrecieron al parecer la menor dificultad al condesendiente Alejo ni á sus griegos, tan celosos de la pureza de su disciplina cuando les acomodaba. Este patriarca á 20 de febrero del año siguiente subió á dar cuenta al Juez Supremo de diez y siete años de pontificado que empleó como hemos visto. Encontraron en su casa veinte y cinco centenares, es decir, dos mil y quinientas libras de oro, de las que se apoderó el emperador. A Alejo sucedió Miguel Cerulario, desterrado por delitos de Estado, y fué el que consumó el cisma de los griegos (1). Pero antes de esta revolucion funesta y á fin de fortificar á las demas iglesias contra un escándalo tan grande, quiso la Providencia remediar el que tanto tiempo habia desolaba á la Silla apostólica, colocando en este centro de la unidad un Pontífice capaz por su mérito y virtudes de restituírle su antiguo esplendor. Desde la muerte del Papa Clemente II habia estado la Santa Sede mas de nueve meses sin Pontífice legítimo, pues no nombraron por sucesor suyo á Dámaso II hasta el 17 de julio de 1048, en cuyo día renunció de veras Benedicto IX para seguir los consejos del santo abad Bartolomé y encerrarse con él en el monasterio de Grutaferrata, donde vivió todavía seis años en la práctica de los ejercicios de penitencia. Nunca hubo necesidad mas urgente de que no permaneciese vacante esta gran Silla; y el emperador Enrique III tenia bastante celo para contribuir á una acertada eleccion. Pretendian sentar en ella á Halinar-do, arzobispo de Lyon, quien por un des-

(1) Cedr. pag. 758.

prendimiento ejemplar permaneció oculto mucho tiempo á fin de evitar su eleccion, mientras otros se esforzaban á conseguir esta dignidad á fuerza de dinero. El emperador eligió, pues, en Alemania con los diputados de la Santa Sede, á Poppon, obispo de Brixen, y le envió á Roma, donde le recibieron con aplauso, y donde tomó el nombre de Dámaso; pero ocupó la Silla solo veinte y tres dias, muriendo en Palestrina á 8 de agosto de 1048.

A últimos del mismo año dispuso Enrique que se celebrase en Worms una junta numerosa de prelados y grandes con los diputados de Roma para deliberar sobre la eleccion de un Pontífice capaz de remediar los males de la Iglesia. Asistia á ella Bruno, obispo de Toul y pariente del emperador. Tenia este prelado cuarenta y seis años; era de buena presencia, de una afabilidad que le grangeaba todos los corazones, de una virtud nunca desmentida en veintidos años de episcopado, y de una inviolable fidelidad hasta en los mas pequeños artículos de la disciplina (1). Reunió todos los votos, y á nadie causó esto sorpresa sino á él. Resistióse con todas sus fuerzas: hizo una confesion pública en que exageró sus pecados para que le creyesen indigno del pontificado, y vertia un torrente de lágrimas, cuyo espectáculo hizo llorar á todos los concurrentes, pero sin que por eso cambiasen de resolucion. Cedió por último á unas señales tan manifiestas de la voluntad de Dios, declarando sin embargo que no consentiria en su eleccion sino con tal que la confirmasen unánimemente el clero y el pueblo romano.

Salió de Worms sin perder un instante, corrió á celebrar la fiesta de Navidad á su iglesia de Toul, y partiendo despues para Roma pasó por Cluny, de donde á la sazón

(1) Act. Bened. saec. VI, p. 2, c. 68; Bolland. 19, Apr.

era prior Hildebrando. Este le vituperó que vistiese ya la púrpura, porque el Soberano Pontífice no debia llegar visiblemente por manos de un lego al gobierno de toda la Iglesia; añadiendo que si queria seguir sus consejos, no por eso se ofenderia su dignidad imperial, al paso que en su eleccion seria restablecida la libertad de la Iglesia. Accediendo el piadoso Bruno á este aviso dictado por un santo celo, se quitó la púrpura, vistióse un traje de peregrino, y así se encaminó á Roma, llevando consigo al prior que habia de hacer fuese elegido por el clero y por el pueblo romano, y que mas adelante ocupó él mismo la Santa Sede con el nombre de Gregorio VII. Así Bruno hizo de su viage un ejercicio de penitencia y procuró con todo género de buenas obras atraer las bendiciones del cielo sobre las primicias de su ministerio. Aumentábase su comitiva de ciudad en ciudad con un gentío inmenso que acudia de todas partes. Al acercarse á Roma salió á recibirle toda la ciudad cantando salmos y cánticos. El nuevo Pontífice los acompañó en este ejercicio piadoso, se apeó del caballo y anduvo descalzo un largo trecho. Antes de poner los pies en la ciudad, dijo al pueblo y al clero: «He sido elegido del modo que sabéis para gobernar vuestra iglesia; pero segun los cánones, la eleccion del clero y el testimonio del pueblo deben preceder á cualquiera otro voto. Os suplico por tanto me declareis vuestros sentimientos con entera libertad. Como he venido aquí á pesar mio, me volveré con mucho gusto, y á ello estoy resuelto á no ser que mi eleccion sea aprobada por vuestro unánime consentimiento.» Los romanos que estaban acostumbrados á una conducta muy distinta, contestaron á este discurso con bendiciones y con voces de alegría. «Está muy bien, replicó Bruno; ya que os es grata la eleccion de mi persona, ayudadme en mis esfuerzos para la reforma de las cos-

B. DEL C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

tumbres, y haced que con vuestras oraciones me sea menos pesada la carga que me han impuesto.» Por todas partes gritaron que solo encontraria hijos dóciles, y cooperadores celosos. Al punto entró en Roma á 2 de febrero día de la Purificacion, y le elevaron al solio el 12, que era el primer domingo de Cuaresma del año 1049. Se cuenta desde este último día la duracion del pontificado de León IX, que fué de cinco años, dos meses y siete dias.

Quando se vió en zumbado á la Silla apostólica este santo y laborioso Pontífice, se consagró á la reforma de los muchos abusos que afligian á la Iglesia. La simonia en particular era tan comun en Italia, que al primer rumor que se esparció de que iban á quedar suspensos del ministerio todos aquellos que habian sido ordenados del un modo simoniaco, publicaron los sacerdotes y los obispos que iban á cesar las funciones eclesiásticas y aun las misas en casi todas las iglesias. La gravedad del mal obligó al Papa á aplicar el remedio sin ninguna tardanza. Tomó solamente el tiempo necesario para congregar á los obispos, y celebró un Concilio en Roma el día 26 del mes siguiente al de su instalacion. Entretanto, habiéndosele manifestado que, segun el decreto de Clemente II, los clérigos ordenados por ministros simoniacos podian ejercer sus funciones despues de cuarenta dias de penitencia, adoptó León esta regla. Despues de las solemnidades de Pascua, y en la misma semana de Pentecostés fué á celebrar otro Concilio á Pavia, para hacer observar en aquellos países las disposiciones del Concilio romano. Atravesó en seguida los Alpes, confirmó de camino la exencion de la abadía de Cluny, contra la cual se habian reclamado algunos prelados de Borgoña era porque la creian apócrifa, y pasó á Colonia para celebrar allí con el emperador la fiesta de San Pedro, como lo hizo. Conce-

dió muchos privilegios á Heriman, arzobispo de aquella ciudad.

Publicó allí, á instancia de Herimaro, abad de San Remigio de Reims, y con el beneplácito de Enrique rey de Francia, que iría á colocar las reliquias del apóstol de los franceses el primer día de octubre, y al siguiente haría la dedicación de la nueva iglesia que se le había construido. Añadió que los tres días inmediatos los destinaria á la celebración de un Concilio; pero el rey, sin oponer una resistencia formal, respondió que no podría concurrir él ni sus obispos, porque le era preciso hacer una expedición con todos los prelados de su reino contra algunos vasallos rebeldes. Esta aversión al Concilio no procedía tanto del rey como de los prelados simoníacos y de los principales señores que habían contraído matrimonios incestuosos, ó incurrido en otros desórdenes sujetos á la censura de la Iglesia. Opinó Su Santidad que era tanto más necesario el remedio cuanto más le temían. Empezó, pues, el viage con la esperanza de que por lo menos tendría de su parte un buen número de prelados: volvió á ver de paso su amada iglesia de Toul, de la que le habían separado contra su voluntad, y cuyo título conservó siempre con el Sumo Pontificado; y llegó á Reims el día de San Miguel, como lo había anunciado.

No se equivocó cuando creyó que debía contar con el amor y veneración de los franceses para con la Cabeza de la Iglesia (1). Presentáronse al Vicario de Jesucristo entonando mil cánticos y aclamaciones una multitud prodigiosa de fieles que habían acudido de los estados vecinos, gentes de distintas lenguas, de todas clases y condiciones, y de uno y otro sexo, sin escepción de monges y solitarios, de sacerdotes y obispos. Se apeó en la iglesia de San Remi-

(1) *Hist. Dedic. in sac. VI. Bened. pag. 715.*

gio, que se llenó al instante de un gentío tan inmenso, que no pudiendo el Papa volver á entrar en ella se vió precisado á oír misa en su cuarto. Creciendo el concurso la vispera de la ceremonia, sin que pudiese lograrse que saliese nadie de la iglesia, les amenazó de que regresaría á Roma sin cejar la dedicación. Retiróse al momento respetuosamente todo aquel concurso, sin necesidad de otra providencia. El día del Concilio asistieron veinte obispos, cincuenta abades y otros muchos eclesiásticos de distinción (1).

Para evitar toda controversia en cuanto á la preferencia de asientos, especialmente entre los arzobispos de Reims y de Tréveris que se disputaban la primacía de las Galias, se colocaron las sillas en círculo en medio del coro, las de los abades detrás de los obispos, y el Papa entre el arzobispo de Reims y el de Tréveris, vuelto de cara al sepulcro de San Remigio. Hecha señal para que todos guardasen silencio, y rezadas algunas oraciones, propuso Pedro, diácono de la Iglesia romana, los artículos de que se había de tratar; á saber, de la simonía, de las usurpaciones y exacciones de los legos contra las iglesias, de los matrimonios incestuosos y adulterinos, de la apostasía de los monges y clérigos, y de algunos excesos de impureza introducidos verosimilmente en las Galias con las prácticas y observancias de los últimos maniqueos. Dirigiendo luego el Papa la palabra á los obispos, les mandó por autoridad apostólica y bajo pena de anatema que confesasen públicamente y con juramento si alguno de ellos había dado ó recibido las órdenes sagradas por simonía. Juraron todos al momento que estaban libres de semejante delito, á escepción de cinco.

El de Nevers declaró que sin el saberlo

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 1036.*

habían dado sus parientes crecidas sumas de dinero para conseguirle el episcopado; que desde que era obispo había cometido muchas faltas que le daban motivo para temer la justicia de Dios; y por último, que si el Papa y el Concilio consentían en ello, prefería dar su dimisión á perder su alma; y al momento dejó su báculo pastoral á los pies del Papa, el cual conmovido á vista de la humildad de este obispo, le pidió únicamente que afirmase con juramento que el dinero por cuyo medio le habían comprado el episcopado le habían dado sin él saberlo; y habiéndolo así asegurado, el Papa le devolvió su Silla, pero dándole otro báculo pastoral. El obispo de Coutances sabía antes de su ordenación que su hermano había comprado para él el episcopado; al principio había rehusado le ordenasen, pero despues ese mismo hermano le había hecho tal violencia que se encontró ordenado á pesar suyo; mandósele, pues, jurase ser cierto lo que había referido, y habiéndolo efectuado, se le declaró purgado de simonía. El de Langres, sintiéndose hártó culpable, huyó, y fué depuesto. Pero el de Nantes, creyendo poder justificarse, dijo que le habían dado el obispado en vida de su padre, que era obispo de esta misma ciudad; que despues de la muerte de su padre había él mismo dado dinero para que se le conservase en su Silla. A vista de esta confesión, el Concilio falló contra él, se le quitó el anillo y báculo pastoral, si bien por indulgencia se le permitieron las funciones del presbiterado. Hubo un número proporcionado de culpables entre los abades, y una sinceridad igual en todos los estados, siendo muy natural que lo que sucedió al arzobispo de Besanzon inspirase á todos los demas un temor tan grande del disimulo y mala fé.

Acusábase al obispo de Langres, además de la simonía, de violencias tiránicas contra su clero, de homicidios, de adul-

terios y de infamias execrables. Sin embargo, empeñó al arzobispo de Besanzon á que tomase á su cargo su defensa. Mas al ir á hablar este, enmudeció de repente, y fué el primero que publicó como un milagro lo que le sucedía. Acordáronse entonces los circunstantes de que San Remigio, á quien se miraba como presente en sus reliquias, hizo antiguamente otro prodigio igual, privando del uso de la palabra en un Concilio á un obispo arriano. El Papa exclamó vertiendo lágrimas: «sí, sí; todavía vive San Remigio»; y levantándose con todos los Padres corrió á postrarse ante el sepulcro del Santo, entonando una antifona en alabanza suya. Inspiró este suceso mucha docilidad y un terror muy grande. Los que se habían retirado furtivamente del Concilio, ó habían dejado de asistir á él sin eséusa legítima, y aun los que habían sido excomulgados ó citados al Concilio de Roma para el año siguiente y habían pretestado la necesidad de hacer la guerra á los rebeldes, todos sin la menor reclamación sobre la falta de formalidad, ni sobre lo acelerado de los procedimientos, ni sobre la insuficiencia de un Concilio de tres días para el exámen y despacho de una infinidad de asuntos, reconocieron por último sus faltas, y se sujetaron casi sin escepción á la sentencia fulminada contra ellos. Hasta los mismos pueblos mostraron el celo más vivo en hacerlo llevar á efecto contra el corto número de los que permanecieron refractarios ó eran sospechosos de indocilidad; y así es que habiendo sabido los habitantes de Sens que su arzobispo Gelduino había sido excomulgado *nominatim* por no haber asistido al Concilio, y quizá también por haber intrigado contra su celebración, le arrojaron de su Silla y eligieron otro pastor.

Hubo también algunos señores excomulgados nominalmente por haber contraído matrimonios ilegítimos, y se prohibió á

Guillermo, duque de Normandía, casarse con la hija del conde de Flandes á causa del parentesco que tenían. Formaron después doce cánones, que no son mas que una renovación de los antiguos, y por lo mismo sería inútil repetirlos. Observamos en este Concilio una cosa muy notable; desde la primera sesion se declaró que solo el Papa era primado de la Iglesia universal; pero es necesario recordar que se estaba ya muy cerca del momento de la independencia cismática á que aspiraban mucho tiempo habia los patriarcas de Constantinopla, atribuyéndose el título soberbio de ecuménicos, y que existia ademas alguna causa para temer que con estas denominaciones ambiciosas se introdujesen insensiblemente entre los occidentales semejantes ideas y pretensiones, y ya el arzobispo de Santiago en España habia tomado el título de Apostólico, que era entonces propio del sucesor de San Pedro. Para reprimir esta temeridad, se quiso dar á entender que el uso de tales dictados era una usurpacion de los derechos del Vicario de Jesucristo; por lo que en la sesion tercera excomulgaron al arzobispo español que daba un ejemplo tan peligroso al Occidente. Observamos igualmente en este Concilio de Reims, que al principiar dicha sesion se cantó el *Veni Creator*, siendo este el primer monumento que nos resta de la antigüedad de este himno cuyo autor se ignora.

Arreglados en Francia los asuntos pertenecientes á la Religion, volvió el Papa á Alemania y celebró en el mes de noviembre el Concilio de Maguncia que habia indicado anteriormente. Concurrieron á él como unos cuarenta obispos, incluso cinco metropolitanos, entre quienes se distinguia como uno de los mas ilustres San Bardon, arzobispo de aquella diócesis. Estaba tambien presente el emperador Enrique con los señores de Germania, y se trató del mismo

modo que en Francia de remediar los desórdenes que reinaban en el pais, particularmente la simonia y los matrimonios de los clérigos. Acusaron de incontinencia á Sibicon, obispo de Spira, y con justa causa; pero tuvo la temeridad sacrilega de querer demostrar su inocencia con la prueba del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y al momento fué acometido de una parálisis que le dejó terciada la boca para todo el resto de sus dias (1). En este Concilio creó el Papa archicancelles de la Iglesia romana y presbíteros cardenales de la iglesia de San Juan *ante Portam latinam* á los arzobispos de Colonia; pero cayeron en desuso estas dos dignidades y solo quedó á los arzobispos de Colonia el derecho de vestir de encarnado como los cardenales.

Murió San Bardon año y medio despues de este suceso, á 10 de junio de 1051 (2). Habia sido monge de la abadía de Fulda, donde no pensaba mas que en vivir con la mayor sencillez y humildad, sin embargo de que era pariente de la emperatriz. Un dia en que se reían de él sus hermanos porque estaba leyendo el pastoral de San Gregorio, les respondió en tono de chanza: «Acaso, les dijo, habrá algun rey que, no sabiendo á quien hacer obispo, ponga los ojos en mí.» Entretanto, como habia adelantado mucho en los estudios bajo la direccion y enseñanza del abad Archambaldo, que fué despues arzobispo de Maguncia, y mostrando no menos prudencia que doctrina, le encargó el abad Ricardo el gobierno de un nuevo monasterio fundado cerca del antiguo. El emperador Conrado, que miraba con particular inclinacion á los religiosos de Fulda, visitó aquel nuevo establecimiento y quedó prendado del buen orden que en él hacia observar Bardon, tomó cariño á este

(1) Tom. 9 Concilior. pag. 1046.

(2) Sac. VI. Bened. part. 2, cap. 6.

piadoso pariente de su esposa, le dió la abadía de Verthina cerca de Colonia, en seguida la de Herfeld, inmediata á Fulda; y en fin, despues de la muerte de Aribon, arzobispo de Maguncia, le encumbró á esta Silla, siendo de edad de cincuenta años con corta diferencia. Mas no tardó en temer que este buen monge no pasaria de la clase de un obispo muy mediano.

Hallándose Bardon con el emperador en Goslar en las fiestas de Navidad, ofició el primer dia, segun la prerogativa de su gerarquía. Era costumbre que el celebrante predicase despues del Evangelio: lo ejecutó el nuevo arzobispo, y sin duda no dió motivo para que se admirase su elocuencia. Hablaron de esto muchos criticos con gran libertad: no faltó quien repitiese por todas partes las declamaciones de estos, y se vituperó sin ninguna circunspeccion á los que habian elevado á un simple monge á una dignidad tan eminente. Al otro dia, que era el de San Esteban, cantó la misa Thierri, obispo de Metz, y predicó un sermón elocuente: «esto es, decian, lo que se llama predicar: este sí que es obispo.» El dia de San Juan preguntaron á Bardon quién habia de officiar, y respondió que lo egecutaria él. Temiendo sus amigos las resultas se valieron de varios pretestos para que desistiese de semejante pensamiento; pero él no dió oidos á nadie, subió al púlpito y escitó de tal modo la admiracion de todo el concurso que no hubo quien pudiese contener las lágrimas. Cuando despues, segun costumbre, fué á sentarse á la mesa con el emperador: «hoy es para mí el dia de Navidad, le dijo Conrado: la envidia y la malignidad quedan confundidas.» En una palabra, no sabia cómo manifestarle su alegría. Mas el arzobispo hizo tan poco caso de los elogios de este dia, como del desprecio de los precedentes: se retiró de la córte lo mas pronto que pudo, y fué á confinarse en su dió-

cesis, la que gobernó por espacio de veinte años de tal modo, que mereció ser colocado en el número de los Santos que venera públicamente la Iglesia.

Tuvo por sucesor á Liupoldo, dean de la iglesia de Bamberg. Celebrando este prelado el santo sacrificio de la misa delante de León IX en otro viage que hizo este Papa á Alemania, un diácono del pais cantó, segun el uso de su iglesia, una leccion despues de la primera oracion de la misa. Habia en Roma diferente costumbre, y algunos romanos de la comitiva del Papa le persuadieron que prohibiese al diácono continuar su epístola. El diácono, que era un jóven de bastante viveza y nada cobarde, continuó cantando (i pesar de habérsele prohibido por segunda vez el Papa) en el mismo tono de voz con que habia empezado, y el Santo Pontífice, afectado por la arrogancia del jóven clérigo, le mandó llamar despues de haber cantado su leccion y le degradó inmediatamente. Prosiguió el arzobispo pacificamente hasta el momento del sacrificio; pero entonces se sentó en su silla y protestó que ni él ni otro alguno acabaria la misa si no se le restituia su diácono. León IX, á quien tachan algunos de que tenia un celo tal vez demasiado vivo, mostró en esta ocasion que sabia templar su ardor cuando era necesario, y aun reprobar los consejos que se dirigian á escitar su indignacion. Al momento entregó el diácono revestido de todos sus ornamentos, y rehabilitado por este mismo hecho, despues de lo cual concluyó Liupoldo el sacrificio. Se debe considerar aqui, dice el abad de Usperg (1), por una parte la firmeza del metropolitano en sostener su dignidad delante del Papa, y por otra la oportuna humildad con que conoció el Papa la necesidad de ceder al metropolitano en su provincia.

(1) Chron. Sav. ann. 1052. Abb. Usperg.